

y «Poemas de Lope de Vega en el ms. 3794 de la BNE, con un romance *A la invención de las letras* atribuido al Fénix». Parece mentira, pero aún duermen el sueño de los justos poemas de nuestros ingenios áureos en manuscritos inexplorados. Sin duda ayudará mucho la catalogación llevada a cabo por Pablo Jauralde y su equipo con los manuscritos de la BNE. La propuesta de atribuciones de textos a Lope que lleva a cabo el profesor Felipe Pedraza es solvente y plenamente justificada, con el valor añadido de la indudable autoridad del crítico. De esta forma, una gavilla de textos inéditos y de posible atribución cierra como valor añadido el libro.

La utilidad del volumen podría haberse aumentado con un índice de nombres (*cum indicibus locupletissimis*, como se anunciaban las polianteas áureas y otros manuales para resaltar su utilidad), que se echa de menos; y quizá también con una actualización bibliográfica. Ciertamente que el acceso a la bibliografía actualmente ya no recae tanto sobre el libro impreso, pues bases de datos bibliográficas bien puestas al día menudean en internet. A nuevos tiempos, nuevos modos.

La diversidad de enfoques, de técnicas investigadoras, de temas no suponen un menoscabo de la unidad del libro. El doble ordenamiento progresivo de los trabajos al que me he referido antes, el rigor de los planteamientos, la erudición en los datos, el preciso manejo de la bibliografía convierten esta recopilación de estudios en una auténtica aguja de marear Lope, mar proceloso en el que correríamos serio peligro de naufragar, pero por el que nos atrevemos a navegar de la mano de tan perito piloto. Además, la frescura y la cercanía de la lengua escrita (en la que se sigue percibiendo a veces el componente de oralidad que está detrás de muchos de los trabajos) hace de la lectura del libro un verdadero placer. La pasión y el entusiasmo se comunican y la pasión y el entusiasmo del profesor Pedraza por el Fénix se contagian a los lectores de sus trabajos.

En el contexto quevedesco en que se inserta esta reseña, no está de más, para terminar, el recuerdo del elogio con que Quevedo anima a Lope en circunstancias adversas: «No se mide con otro tu grandeza [...] Pues ha de ser de Lope lo que es bueno». Bueno es lo de Lope, porque es de Lope. Y bueno, muy bueno lo de Felipe Pedraza sobre el Fénix, porque es de Felipe Pedraza.

JAVIER SAN JOSÉ LERA
Universidad de Salamanca

Pérez Carnero, C., *Moral y política en Quevedo*, Zamora, Ediciones Monte Casino, 2007, LI + 524 pp.

El objetivo de este libro es el comentario de la *Política de Dios* de Quevedo, aunque el autor rastrea las ideas que aparecen en este tratado político en toda su obra en prosa y en verso. Esta tesis doctoral presentada en la Universidad Pontificia de Salamanca en 1970, sale ahora

como libro para intentar aclarar un texto que se ha considerado de cierta dificultad a tenor de las diversas valoraciones que ha hecho la crítica, algunas ciertamente negativas como las de Taborada, Tierno Galván, Carrilla, frente a otros autores que la han valorado positivamente como Lira, Somers, Dempf y Aranguren (pp. XL y ss.).

El libro se estructura en una «Introducción» y dos partes, tituladas «Principios últimos» y «Principios próximos». En la «Introducción» el autor hace un pequeño bosquejo de la figura de Quevedo y de la *Política de Dios*. Para ello analiza brevemente la formación intelectual (pp. XI y ss.), las circunstancias políticas que le tocaron vivir caracterizadas por el sistema de gobierno del valido (Lerma y Olivares) (pp. XXIII y ss.) y por último estudia los detalles formales de la *Política de Dios* (pp. XXXV y ss.): su estructura y fecha de publicación, las fuentes, los tratados políticos del Renacimiento y Barroco, el tema, el método y el género literario, destacando la influencia que la emblemática y sobre todo el género de la predicación ejercen sobre esta obra de Quevedo. Se llega a la conclusión de que la educación de Quevedo, la influencia de los jesuitas y sus conocimientos sobre la escritura marcan desde el principio la obra.

La siguiente parte está dedicada a lo que el autor llama los «Principios últimos» que podríamos calificar como los fundamentos ideológicos sobre los que se asienta la *Política de Dios*. En primer lugar, el autor ve con claridad que Quevedo une de manera muy efectiva la razón y la fe. «Quevedo quiere ser “cristiano filósofo”» (p. 6), apoyándose en Santo Tomás para quien no hay contradicción entre la razón y la fe, proponiendo una armonía entre ambas para que la razón, ayudada por la fe, pueda alcanzar, sin mezcla de errores, las verdades últimas. Considero que el hombre quevediano que describe Pérez Carnero es semejante al descrito por la antropología del auto sacramental calderoniano: un hombre que es principalmente racional, pero que en muchas ocasiones se mueve por el deseo, el apetito. Los datos del exterior le llegan a través de los sentidos, suscitando muchas veces que se enciendan las pasiones (p. 16). Se desarrolla entonces un proceso de engaño en el que la voluntad ofusca al entendimiento y tiraniza las demás potencias (pp. 36-37). A pesar de este proceso, que determina el pensamiento político de Quevedo como veremos más adelante, la concepción del autor madrileño sobre la humanidad es esencialmente optimista: partimos de Trento donde se defiende que, aunque dañada por el pecado original, la razón no queda incapacitada sustancialmente (p. 28).

En cuanto a la concepción política de Quevedo, Pérez Carnero la define como una reacción al voluntarismo que mueve el maquiavelismo, la razón de estado y las teorías de Hobbes o Spinoza. Caracterizados estos por el objetivo de adquirir, conservar y aumentar el territorio, Quevedo plantea un política más amable, mucho más humana. Busca conscientemente un equilibrio entre las teorías de Maquiavelo y Spinoza, porque cree que desembocarán en la tiranía, evitando caer en el extremo fideísta luterano.

Pérez Carnero no niega una cierta negatividad en la imagen humana desarrollada por Quevedo con sus obsesiones en temas como la muerte, el paso del tiempo, el concepto de la vida como batalla o lucha continua, la soledad, el dolor, el temor, el asco (pp. 61 y ss.) que al autor de este libro le recuerdan a la náusea sartreana. Es cierto que todo esto es parte de una imagen que tenemos todos de Quevedo. Pero inmediatamente se demuestra que Quevedo es mucho más: es la defensa de la libertad (porque su pérdida es el mayor desastre que le puede ocurrir al hombre, p. 68), el anhelo constante del bien (pp. 68 y ss.), la virtud por la razón del individuo (p. 70), la búsqueda de los bienes verdaderos (p. 71), el rechazo del pecado como fuente del mal y la hipocresía (también política), la inmortalidad humana a través de Cristo resucitado (p. 80) y la aceptación de la providencia divina, verdadero rostro de la diosa Fortuna (pp. 84 y ss.). En definitiva, es un hombre de su época que defiende un poder absoluto encarnado por la Casa de Austria y que busca con ahínco la razón por la que este sistema no está funcionando. Para él, el objetivo del poder es el servicio destinado al bien común, que se consigue mediante el propio dominio del poderoso (elemento que también refleja Calderón en *La vida es sueño*). La corrupción del sistema por culpa del válido significa en definitiva el caos y la muerte de la República (pp. 101-103). Es una concepción del poder basada en la exigencia personal del rey, la responsabilidad, su trabajo constante para lograr el bien de los súbditos y que no admite la relajación del soberano al que no se le permite que se dedique solo a sus devociones, porque el oficio del rey es más complicado que el del monje, ya que debe rezar y gobernar.

Otro apartado interesante es el dedicado al estudio de la filosofía cristiana del Estado (pp. 107 y ss.). El gobierno de la República se aprende con la experiencia y Quevedo presume de conocer la realidad por sus servicios a la corona. Para él, la situación europea es desastrosa porque el voluntarismo maquiavélico ha impregnado las formas de gobierno de las monarquías occidentales: es el caso de Richelieu, del príncipe de Orange (p. 108), de los venecianos, del duque de Saboya, del rey inglés e incluso del Papa. Estas ideas no son originales de Quevedo porque ya Rivadeneyra denuncia a los seguidores de Maquiavelo y de Juan Bodin. Para Quevedo fue el demonio el fundador de la llamada razón de estado, causa de todas las desgracias que están ocurriendo: «Los perversos políticos la han hecho un Dios sobre toda deidad, ley a todas superior. Esto cada día se le oye muchas veces. Quitan y roban los estados ajenos; mienten, niegan la palabra, rompen los sagrados y solemnes juramentos: siendo católicos favorecen a herejes e infieles. Si se los reprenden por ofensa al derecho divino y humano, responden que lo hacen por materia de estado» (p. 110). Las consecuencias de estas políticas son claras: irracionalismo; subordinación del derecho, de la moral y de la religión a sus propios fines; divinización de sí mismo, del hombre; bestia; satanismo en conclusión.

Para Pérez Carnero, la solución que propone Quevedo a la razón de estado es el uso de la razón ayudada por la fe, utilizando la idea de la *discordia concors*. Así como la naturaleza está formada por cuatro elementos primarios diferentes que se mantienen unidos a pesar de sus diferencias, la República ha de ser la unión concorde de los estamentos que la forman, aceptando cada uno la obligación que le corresponde. Quevedo utiliza la analogía del cuerpo místico descrito por San Pablo (p. 118). De la misma forma, la República tiene una cabeza del cuerpo político que es el rey y este debe afanarse por buscar el bien común en tres aspectos: la justicia, la religión y la economía. En cuanto a la ley, mientras que para Bodino la ley está inspirada en un carácter voluntarista, para Quevedo es antivoluntarista. Las leyes han de estar en relación con la razón natural (p. 124). El príncipe es un miembro de la república y le afectan como a los demás, pecando gravemente si no le afectasen a él (p. 125).

La destrucción de este sistema se produce con la tiranía, que Quevedo la ve en el «uso indebido del poder» por parte del valido. La relación del soberano con los súbditos tiene que ser igual para todos. Es la comparación de la distancia de cualquier punto de una circunferencia con respecto a su centro. «Cuando un punto, un súbdito —el Valido— se desplaza hacia el centro de la soberanía deja una brecha abierta por la que se precipitarán todos los ambiciosos y los poderosos. La soberanía, el oficio de la República se convierte en campo de rivalidad y de conquista. Los demás súbditos no podrán aceptar a los usurpadores. Los aborrecerán y únicamente podrán ser sometidos con violencia. Serán así reducidos a esclavos. La soberanía se convierte en instrumento de opresión» (p. 128). La desigualdad ante el poder supondrá también la desigualdad ante los bienes de la República. Pero además la destrucción del sistema interno tendrá consecuencias a nivel interestatal, porque los estados se enzarzarán en luchas por aumentar y conseguir más territorio quitándose a los demás (p. 128).

Para Quevedo, el fundamento del Estado es Dios. Las ideas de Maquiavelo descubren el ateísmo y socavan el fundamento religioso del Estado que a falta de Dios se diviniza. Este era un problema al que se enfrenta Lessio, el padre Jerónimo Gracián o Rivadeneyra. Pérez Carnero explica que Quevedo se enfrenta al ateísmo en *Providencia de Dios* y pone como ejemplo de atea a Pilatos. A los políticos que no tienen en cuenta el fundamento religioso del Estado «les viene a decir Quevedo que su política en cuanto irracional e injusta, arbitraria y tiránica no puede ser coherente más que con el ateísmo» (p. 134). El papel de la Iglesia es también importante porque los reyes deben ejercer el poder dentro de los límites que les marcó Cristo. Quevedo ve un gran problema en el protestantismo porque introduce el voluntarismo en la política y muestra una Iglesia incapaz de oponerse a la razón de Estado y los manejos del poderoso: un ejemplo claro es Inglaterra donde la Iglesia es absorbida por el Estado. En otro capítulo, Pérez Carnero explica que Quevedo propone la imitación de Cristo (idea que desarrollaban los *Ejercicios es-*

pirituales ignacianos) por parte del soberano como manera de vencimiento de las pasiones personales a través de las virtudes. Para el poeta, las virtudes se puede clasificar en dos grupos: a) virtudes del gobierno en sí; b) virtudes del gobierno de los súbditos. Al primer grupo pertenecen la humildad, la religión, el temor de Dios, la fortaleza, la paciencia y la obediencia. Al segundo grupo pertenecen la justicia, a su servicio la verdad y la clemencia, la liberalidad, la austeridad y también la fortaleza.

La segunda parte de este libro se encuadra en el título de los «Principios próximos» (pp. 231 y ss.) y comienza haciendo un estudio detallando las virtudes teologales, no solo en la *Política de Dios*, sino en toda la obra de Quevedo: la fe (con problemas como la fe de Quevedo, la fe y la política o la lucha contra la herejía a la que Quevedo considera que a pesar del alto costo que tenía, había que proseguir en esa política); la esperanza (esperanza teologal y esperanza política), la caridad (donde Pérez Carnero se entretiene en analizar a Quevedo y el amor o el amor teologal y la paz). Sigue con el análisis detallado de las virtudes del gobierno en sí que han quedado ya señaladas en el apartado anterior del libro: conocimiento propio, la verdad y la humildad, la paciencia, el temor de Dios, la justicia...

Para ir acabando, creo que es interesante, por su actualidad, hacer una pequeña referencia a dos apartados: al capítulo XIII en el que se trata de «La justicia y la templanza. Los beneméritos» y al capítulo XV en el que relaciona la «Historia y la política». En el primer apartado, Quevedo denuncia que el sistema político corrompido por la presencia del valido, quien usurpa el poder del rey, expulsa a los beneméritos del poder y encumbra a aquellos que no lo merecen. La situación del reinado de Felipe III y Felipe IV dista mucho de la organización del estado en tiempos de Carlos V y Felipe II, que tenían una estructura basada en ministros competentes. Para Quevedo, el valido expulsa a los beneméritos del poder y busca a los ruines para hacer de ellos sus cómplices. El problema es que las riquezas, los cargos y los méritos no son tampoco suficientes para tanta corrupción como genera el sistema (p. 418) y la desigualdad de los premios alejan a los mejores súbditos del soberano. En una imagen bíblica, Quevedo compara al rey con el espíritu de la probática piscina que debe mover él mismo sus aguas para conceder las honras.

El segundo apartado que me interesa destacar es el referido a la relación entre la Historia y la política. Pérez Carnero afirma que Quevedo estaba convencido de que la causa española era la causa de Dios. Pero, ¿Quevedo creía que era posible que Dios permitiese que España quedase derrotada a manos de sus enemigos? El autor de este libro hace un repaso a la preocupación que se manifiesta en las cartas de Quevedo por la situación de España, muriendo antes de Rocroi y Westfalia que hubiesen sido el disgusto definitivo. Lo que no parece cierto es que la mentalidad de nuestro escritor estuviese dominada «por un optimismo mesiánico cerrado al pesimismo y a la posibilidad del fracaso. Y ello, entre otras razones, por las demás leyes inmanentes al proceso histórico a

través de las cuales se realiza la providencia de Dios» (p. 485). En la ley del tiempo la Iglesia camina hacia la trascendencia, pero las monarquías desaparecen y los pueblos pueden experimentar el éxito o sufrir el fracaso y esta primera ley valía también para España. Por otro lado, Quevedo estaba seguro de que Dios conocía la medida, la cuenta y el peso de los pueblos y espera el momento oportuno para aplicarles el castigo o el premio correspondiente. De esa forma, los pueblos se convertían en azote y verdugos unos de otros, siendo el turco el látigo con el que fustigaba Dios a la cristiandad. El problema que observa don Francisco es que sus contemporáneos han perdido la virtud y «sabe [...] que los pecados de España sobran para merecer un castigo providencial». El escritor esperaba que esas guerras no fueran la ocasión del desastre pero «la historia declaró fallida la esperanza de Quevedo» (p. 491).

En suma, estamos ante una obra muy importante para la comprensión del pensamiento (y obra) de Quevedo, pero redactada en 1970. Y así se refleja en la bibliografía y en una pequeña nota en la página 513 en la que se hace referencia a la publicación en el año 1972 del libro del profesor Henry Ettinghausen, *Francisco de Quevedo and the neostoic movement* y la biografía del profesor Pablo Jauralde en 1998. En mi opinión este estudio debería haberse actualizado. Por otro lado, hay a un enojoso problema con las erratas que podría haber sido solucionado con una atenta revisión, porque su lectura merece la pena.

J. Enrique DUARTE
Universidad de Navarra-CRISO

Quevedo, Francisco de, *La cuna y la sepultura. Doctrina moral*, ed. Celsa Carmen García Valdés, Madrid, Cátedra, 2008, 258 pp.

La colección «Letras Hispánicas», de la editorial Cátedra enriquece la presencia de Quevedo entre sus títulos con este nuevo volumen cuidado por una especialista de relieve, como lo es la profesora García Valdés.

Dos títulos de gran significado dentro de la obra del gran escritor del siglo XVII, poco leídos por la generalidad de los profanos, y al contrario merecedores de seria atención, en cuanto, descontado su valor artístico, pueden acompañar también momentos significativos de la vida de cualquier lector; o sea, no solamente textos para especialistas, filólogos y eruditos, sino también para personas llegadas a un momento difícil de su curso vital.

Digo esto porque, a parte mi inclinación personal hacia este aspecto reflexivo de la obra quevedesca, tuve la suerte de comprobar también no solamente el papel desarrollado por los escritos de Quevedo en poetas como Neruda, Octavio Paz y muchos otros, además de en un inolvidado amigo, el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias.

Examinando en París, después de su muerte, los libros de su biblioteca personal, vi evidenciadas, obra de sus últimos tiempos, páginas no solamente de *La constancia y paciencia del Santo Job* y *La providencia de*